

MINISTROS DE RECIBO

Uno no sospechaba que en el primer Gobierno del Rey hubieran hecho ministro al Hombre Lobo, pero está por pensarlo muy seriamente. Sobre todo después que, hále, una y otra vez toda la prensa nacional esté presentándonos a los ministros en su más tierna intimidad familiar, rodeados de señoras esposas, hijos, nietos, mesas camillas y consolas con retratos dedicados de quita y pon (de quitar unos y poner otros según vayan las tornas, María, ¿no teníamos en el armario un retrato dedicado de Felipe y otro de Santiago, ay, qué mujer, qué mala memoria?).

Como ministros del primer Gobierno del Rey, uno tenía a todos estos señores por muy familiares, muy hogareños, muy de su casa y de su despacho. Oye, y escama que vengan y te lo restrieguen por la cara una y otra vez. Vamos a ver, ¿quién ha dicho que los ministros nuevos son el Sacamantecas, o la Cantamora? Porque alguien lo ha tenido que decir. A mí que me registren, pero ¿a qué viene, si no, tanta presentación familiar, tanta entrevista a las señoras ministras para que digan que sus esposos en cuanto salen del despacho cogen el pé eme y de derechos a casa, sin echar una rup-tura al aire ni nada de nada?

Y el caso es que antes, con Franco, en lo que insistían era si los ministros nuevos habían estado en el frente del Volchov y en la toma de Santander. Ahora, nada; cuando la División Azul estaba pegando tiros en Kragnigborg, los tiros se pegaban solos; y

Santander se tomó con la Guerra Civil de la Señorita Pepis. Mientras se escribía el Libro de oro alemán de la historia de España nuestros ministros ya hacían vida familiar y hogareña y eran unos padres modélicos.

Uno no lo pone en duda lo más mínimo. Pero pasa con esto como con la democracia. ¿Por qué será que venga a repetir lo de la democracia de cara a Europa? ¿Y por qué será esto de venga a dar fotos familiares de los ministros y entrevistas a las ministras? ¿Será para hacernos creer que nunca podremos tener unos ministros más de recibo que los que hay? Porque me imagino yo que éstos no serán los últimos ministros de la historia. Aviados íbamos... ■ DESPEÑAPERROS.

LOS GOBERNADORES Y EL TAPON

Aquí mucho hablar del poder, y que el Señor del Gran Poder nos coja confesados, y que la oposición al poder, y que el poder a la oposición, pero nadie cae en la cuenta de que mientras no se celebren elecciones generales y vayamos todos al jubileo circular de las doce horas de Santa Urna Bendita y Alabada (o Virgen y Mártir, según se mire), en el país quienes mandan son los gobernadores. Quien autoriza las conferencias, los recitales y las representaciones teatrales es el señor gobernador; quien echa la Policía Armada a la calle a que les aplaudan es el señor gobernador; quien pone las multas de Orden Público



es el señor gobernador; a quien se chivan los ultras de las homilias es el señor gobernador; quien le manda cerrar el negocio a las asociaciones de vecinos es el señor gobernador. Lo que pasa es que el país está tan amadrileñado que si don Carlos Arniches levantara la cabeza, se volvía a morir del susto en vista del éxito obtenido. Lo que pasa es que en Madrid parece que no hay gobernador, porque con tanto Fraga no se nota, pero sí que lo hay, no he visto que lo hayan suprimido como si fuera un ministerio inventado por los chicos de Josemaría que se lo comen todo, hasta la tarta del desarrollo.

Quienes vivimos en provincias sabemos por experiencia —por que a mí, y a ti, y ese señor que está allí tan ricamente nos ha su-

cedio— que el que tiene la sartén por el mango en el prefranquismo, en el franquismo y en el posfranquismo es el señor gobernador. Así que, ¡viva el señor gobernador!, no se vaya a mosquear el mío, que aún no lo han destituido.

Es muy importante, pues, el talante de los señores gobernadores. Con un gobernador que en el septiembre azul dijo a los europeos que se metieran a Europa donde amarga el pepino, difícilmente podremos llegar a Europa. España es provincia, que decía el «Arriba» de tiempos de Sabino Alonso Fueyo. España es, por tanto, señor gobernador. España es, por tanto, «que se metan a Europa donde les quepa». Hasta que los quiten, porque los que no caben en ninguna parte son ellos.

